

Verde Olivo  
10-12-61

## TEATRO

Por NATIVIDAD G. FREIRE



Como si la historia marcara su vocación, junto con Covarrubias nace el primer teatro de la colonia habanera. El Coliseo de la Alameda de Paula, en 1776.

# COVARRUBIAS: iniciador del teatro popular cubano

SIN más guía que su intuición, Francisco Covarrubias crea el teatro nacional. Medio siglo de popularidad y éxitos escénicos afirman la certeza de su estilo criollísimo.

Estudiante de latín, asistente a las lecciones sobre Aristóteles del buen Don Tomás Romay, médico cirujano en un ingenio azucarero, su talento sin embargo no se demostraba en esas disciplinas, a pesar del Catálogo en versos que escribió sobre los músculos del cuerpo humano. Otras eran sus inclinaciones. Las anteriores eran cumplidas solamente para satisfacer los designios familiares. Pero la verdadera vocación no puede ser escondida por mucho tiempo, surge contra viento y marea.

Así, Francisco Covarrubias se inicia como actor cuando aún no contaba los diecisiete años. Como augurio a su destino irreductible, su nacimiento precede a un gran acontecimiento de la nueva factoría, la inauguración de El Coliseo de la Alameda de Paula, en 1776, el primer teatro de la colonia habanera.

A su primera juventud corresponden los tiempos de las funciones caseras y las compañías de aficionados, a falta de un teatro profesional. Covarrubias, imberbe aún, divertía el ocio de los amigos y daba salida a sus dotes naturales representando comedias para ellos. Un día tocó a una de esas representaciones de pasatiempo, el empresario del naciente Circo del Campo de Marte,

en las afueras de la Ciudad y la vida de Covarrubias se decidió por el teatro. Era el año de 1800, comenzaban sus cincuenta años de gloria y aplauso públicos. Pero todavía no estaba decidido su genio interpretativo.

Covarrubias gustaba actuar los papeles de galán y rechazaba los personajes cómicos pues no se consideraba con aptitudes para darle toda la gracia que ellos exigían. Sin embargo, una vez más el acaso marcaba su camino. Una noche, cercana ya la hora de levantarse el telón, Covarrubias se vio en la necesidad de sustituir al gracioso de la compañía que a causa de un accidente le era imposible asistir a la función. Fue tal el grajeo y la naturalidad con que sorteo los difíciles virajes del personaje que el público terminó por señalarlo como el mejor cómico de su momento.

Desde entonces, Covarrubias desencadena su vida en una sucesión ininterrumpida de actividades teatrales. Toma a su cargo la dirección de la disuelta compañía del Circo. Se hace empresario. Crea la primera compañía integrada exclusivamente por actores cubanos, en 1803. Trabaja en varios teatros habaneros, hace temporadas en Matanzas, Cárdenas y Trinidad. Se convierte en el actor criollo de más alta cotización en el mercado teatral. Las compañías que empiezan a llegar a la península se lo disputan en vano. Andrés Prieto, el más

ilustre de los actores y directores provenientes de ultramar escribe a Isidoro Máiquez, el gran actor coterráneo suyo que queda allá, al otro lado del Atlántico, de las habilidades histriónicas del cómico cubano. Cuentan los biógrafos de Covarrubias, que tanto era el gusto de Prieto por las presentaciones de él que solía quedarse entre bambalinas terminada su actuación para disfrutar de las delicias de las intervenciones jocosas de Covarrubias en el programa.

Bailarín, cantante, actor dúctil y agradable, improvisador fácil y penetrante, Covarrubias como si fuera uno de esos mimos magistrales de la Commedia dell'Arte italiana dejaba atónito al público que presenciaba sus piruetas y habilidades. Al anuncio de uno de sus estrenos o de sus famosos beneficios, los demás teatros habaneros cerraban sus puertas para no verse en el ridículo de una sala vacía. Tal era la concurrencia masiva a sus espectáculos.

Junto al actor fue desarrollándose también el autor que había en él. Los sainetes de Ramón de la Cruz que hacían las delicias del público habanero desde finales del siglo XVIII le trazaron la pauta a seguir en sus versiones criollas de los mismos. Covarrubias aprendió del sainetero español la fórmula dramática y así nacionalizó el escenario cubano. Las situaciones y personajes típicos del mundo

fueron sustituidos por otros del patio, de raíz y costumbres criollas. Los bailes y las tonadillas españolas también fueron suplantados por los sones y las décimas cubanas. El buen olfato que orientó su carrera de actor lo conducía también a la creación de una producción con elementos nacionales. Peones, carreteros, obreros invadían la escena para cantar en décimas improvisadas alusiones críticas a las costumbres y llevar a la ficción la gracia de sus situaciones diarias en la ciudad. A cada sainete de de la Cruz le surgió su traducción al ambiente cubano de Covarrubias. De *El Rastro por la mañana*, *La feria de Carragua*; de *Las tertulias en Madrid*, *Las tertulias en la Habana*, de *Los Payos en el ensayo*, *El montero en el teatro* y otras piezas, quizás originales, como *La valla de gallos*, *El peón de tierra adentro*, *El forro catre*.

Simple, ameno, estos pasos, entremeses o sainetes tenían para el público cubano el encanto de lo propio, a más de la gracia indudable de su autor. Además aplaudir, celebrar y seguir a Covarrubias, significaba para el despertar de la conciencia nacional, aplaudir, celebrar y seguir lo isleño contra lo metropolitano. El arte de Covarrubias crecía en arraigo popular tanto como cualquier otro de rango universal. Darle jerarquía artística a su pueblo era una forma de integrarle la personalidad. Covarrubias hacía famoso lo que cantaba,

lo que decía, lo que creaba. *La Cirila*, *Tata*, *ven acá*, *El Caramelo*, eran las canciones preferidas del pueblo porque Covarrubias se las enseñó. Todos los teatros habaneros se vieron obligados a reconocer los valores de Covarrubias, hasta el lujosísimo "Tacón" abrió para él su aristocrático escenario. De una a otra punta de la isla, Covarrubias era celebrado como el padre del teatro nacional. El mismo historiaba su vida en una de sus décimas escritas para un teatro de Matanzas:

*"Si del teatro nacional soy fundador en La Habana, en Matanzas, es cosa llana que merezco nombre igual; Pues si la fecha y local del primer drama o sainete alguno decir promete publicará sin remedio que fue en la calle del Medio año de ochocientos siete".*

No obstante los triunfos que siempre acompañaron a su carrera artística, los últimos años de su vida fueron pobres y nada alentadores para el que llenó con su simpatía y gracia naturales cincuenta años del teatro cubano. Directores y empresarios, duros e inhumanos, esquivaron las debilidades de su vejez. Pero el pueblo, que nunca olvida a los suyos ni le regatea su de-

voción y agradecimiento, si le fue fiel hasta el momento final. Emotiva, multitudinaria fue la función-homenaje que algunos amigos y admiradores le prepararon en el Circo Habanero en el año de 1883. El público acudió solícito al postrer llamado del anciano actor:

*"En un Circo que de Marte en el campo se formó, mi carrera principió en el dramático arte: Ya de ella en la última parte a otro nuevo Circo pasó, y esto que parece acaso será el destino que intente que en un Circo sea mi oriente y en otro Circo mi ocaso".*

y le ofreció el tributo de su amor y consideración eternas.

Lástima que los empeños pioneros de este gran visionario del teatro cubano no fueran recogidos por los dramaturgos posteriores y asimilados a sus producciones respectivas. Otro muy distinto sería entonces el panorama actual de la literatura dramática cubana. La tradición sustituiría a la desorientación y los jóvenes dramaturgos contarían con los cauces de cubanía necesarios para crear una literatura revolucionaria que demande un teatro socialista.